

“La mujer cristiana en el tercer milenio,”
por el Dr. Emilio G. Chávez,
profesor de Sagrada Escritura en el
Seminario Mayor Regional de St. Vincent de Paul,
Boynton Beach, Florida, EE.UU.

La vuelta del milenio trae consigo nuevas esperanzas, pues es un nuevo comenzar. El fin del primer milenio después de Cristo fue una época oscura, que dio lugar a los nuevos desarrollos de la Alta Edad Media y del Renacimiento; el segundo milenio terminó con muchos adelantos pero también con crímenes inauditos y tecnologías que pueden servir tanto para el bien como para el mal. De todos los cambios que hemos visto tener lugar el pasado siglo, uno de los más prometedores es el nuevo lugar de la mujer en la civilización, especialmente la occidental. Aun en países “adelantados” como Estados Unidos de América, la mujer no podía ni siquiera votar hasta entrado el siglo veinte. Hoy en día hay muchas mujeres en altos puestos, aun los más altos de algunas naciones. Más importante aún es la participación de la mujer en la educación y en el mundo de las ideas. Los aportes peculiarmente femeninos que anteriormente se limitaban —al menos aparentemente— al hogar ahora traspasan a todos los niveles de la sociedad. Esto no puede ser sino un signo alentador, pues las mujeres tienen dotes particulares que sólo podemos pensar contribuirán a mejorar este mundo en que vivimos y que ha carecido tanto de la compasión y de la ternura.

En efecto, en la Biblia hay imágenes fuertes y evocadoras que invocan rasgos maternales para indicar acciones o sentimientos de especial calor y cuidado. En Deuteronomio 32:11, se dice que Yahveh sustentó y cuidó del joven Israel en el desierto “como un águila despierta a sus criaturas y revolotea sobre sus polluelos, llevándolos sobre sus plumas.” Jesús mismo se aplicará la imagen de la gallina que busca reunir a sus crías bajo su plumaje, Mateo 23:37. “Compasión,” de hecho, en hebreo, el idioma bíblico original, viene de “útero, matriz,” de ahí “las entrañas de misericordia de nuestro Dios,” Lucas 1:78. Y es ese sentimiento materno, solidario, el que Dios nos exige a todos, siendo El mismo el que nos lo da: Oseas 2:21.

Pero también en la Biblia tenemos imágenes de mujeres fuertes, combatientes valientes, como la “abeja” Devorah en el capítulo cuatro del libro de los Jueces, sin la cual Baraq no tiene valor para luchar, y la judía Judit, que libró a los israelitas de los asirios, y muchas otras, algunas distinguidas por su inclusión en la genealogía de nuestro Señor Jesucristo en Mateo. Esperemos que mujeres como estas y muchas otras mujeres encuentren papeles importantes en la sociedad y en la Iglesia, y el reconocimiento y la gratitud que se merecen por su contribución única. Pues ya hay muchos estudios que resaltan las diferencias entre varón y hembra en el pensar y en la búsqueda de solución para los muchos problemas que nos rodean y acechan. Por ejemplo, la estudiosa Carol Gilligan (*In a Different Voice*) ha mostrado que en la respuesta a dilemas morales la mujer mira más a cómo una solución afecta a los demás que no simplemente a los principios abstractos sin envergadura concreta. Y es así como es el pensamiento bíblico, siempre relacional, concreto, poco dado a las elucubraciones frías y distanciadas.

En fin, esa esperanza que se apoya en el Dios que crea unos cielos y tierra nuevos nos lleva a esperar que nuestros esfuerzos concretos, de hombres y mujeres, nos lleven a construir un mundo mejor.